

EDITORIALES

Cada uno en su papel

El lehendakari y el líder del PNV acuerdan librar de la polémica la lucha antiterrorista

La reunión que ayer mantuvo el lehendakari, Patxi López, con el líder del primer partido de la oposición, Iñigo Urkullu, sirvió, al menos, para poner freno a la disparatada disputa que había surgido entre ambos en los días previos sobre lo que más alejado debería quedar de toda discrepancia pública: la lucha contra el terrorismo. Aunque éste hubiera sido el único compromiso contraído, el encuentro habría de darse por satisfactorio. Pero, al margen de él, parece también haberse acordado entre los interlocutores el establecimiento de un diálogo fluido y continuado, a comenzar por la toma en consideración de las propuestas que cada uno de ellos llevó a la mesa. De entre éstas, algunas, como la reforma del Estatuto, deberían descartarse de antemano por inviables, habida cuenta de la ausencia constatada de consenso en las presentes circunstancias. Otras, en cambio, serían susceptibles de diálogo, de negociación y de acuerdo. A esta segunda categoría pertenecen todas aquellas cuestiones que, como la educación, la sanidad o las políticas sociales, tienen carácter de estructurales y no deberían, por tanto, estar expuestas al vaivén de las alternancias de gobierno. En cualquier caso, y como bien señaló el lehendakari en su comparencia posterior al encuentro, no cabe olvidar que existe ya un pacto parlamentario sólido entre el PSE y el PP, y que es a estos partidos a los que corresponde, a cada uno en su respectivo nivel, la responsabilidad de gobernar a lo largo de la legislatura. En este sentido, cualquier intento de utilizar el diálogo con el lehendakari con el fin de malmeter a los socios de gobierno no sólo sería impropio, sino que habría de considerarse condenado al fracaso. Así lo exigen las reglas de lealtad que deben regir tanto entre las formaciones coaligadas como entre el Ejecutivo y la oposición. Hora es ya de que, trascurrido casi un año desde las elecciones que dieron lugar a la actual coalición, cada uno asuma la responsabilidad que le ha tocado en el reparto de funciones.

El Gobierno se corrige

La dubitativa aproximación con la que el Gobierno ha revisado la edad de jubilación para elevarla hasta los 67 años y fijar en los 58 la prejubilación más temprana; su decisión de proceder a un drástico recorte presupuestario -50.000 millones en pagos de todas las administraciones hasta 2013- a fin de contener un déficit público desbordado; y el reconocimiento, a la luz de la última EPA, de que el paro puede alcanzar en 2010 al 20% de la población activa constituyen la demostración de que Rodríguez Zapatero se ha visto obligado a desprenderse de su 'optimismo antropológico' ante la pérdida de credibilidad de la economía española dentro de la eurozona. Pero precisamente el hecho de que las decisiones del Consejo de Ministros de ayer hayan tenido que ir precedidas de manifestaciones muy alarmantes sobre los riesgos que acechan a nuestra economía desacreditada a un Gobierno que durante tanto tiempo se ha negado a atender las advertencias. Sin ir más lejos, esa fue la reacción con la que despachó el pronóstico del FMI que situaba a España como la única de las grandes economías que seguirá decreciendo durante 2010. Es imprescindible ahora que Zapatero asuma con determinación un liderazgo político capaz de lograr que la economía española acorte distancias respecto a las del resto de países del euro. Y ello en los tres ámbitos que fueron noticia ayer: el empleo, el control del déficit y el diseño de un horizonte con garantías para las coberturas sociales.

EL CORREO

DESDE 1910 EL CORREO ESPAÑOL EL PUEBLO VASCO

Director Juan Carlos Martínez

Director adjunto:
Francisco Beltrán
Director de Álava:
Juan Prada
Subdirectores:
Pedro Ontoso, Alberto Ajala,
Manuel Arroyo
Adjuntos a la Dirección:
César Coca,
Óscar Villasante
(CULTURAS Y SOCIEDAD)
eI correo digital
Mikel Iturralde
(DIRECTOR DE INFORMACIÓN)

Jefes de Área
(CIUDADANOS), Óscar Alonso
(ACTUALIDAD), José Vicente Merino
(ECONOMÍA), Ángel Pereda (DEPORTES),
Alberto Tellitu (VIVIR)
Secciones
Nerea Pérez de Nancloares y
José Luis Ondovilla
(CIUDADANOS), Miquel Pérez
(POLÍTICA), Encarni Bao
(OPINIÓN), Manu Álvarez
(CORRESPONSAL
ECONÓMICO).

Joseba Vázquez (DEPORTES),
Pascual Pérez (CULTURAS Y
SOCIEDAD),
Juan Angel Marugán
(CONTINUIDAD),
Lourdes Aedo (GPS)
Departamento de Arte
Diego Zuriga (REDACTOR
JEFE DE ARTE)
Juan Ignacio Fernández
(REDACTOR JEFE DE
FOTOGRAFÍA),
María del Carmen Navarro
(JEFA DE DISEÑO)
Documentación
Mauricio
Martín y Jesús Oleaga

El pacifismo bajo sospecha

XABIER ETXEBERRIA

PROFESOR DE ÉTICA EN LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO Y MIEMBRO DE BAKEAZ

A la acusación de que el pacifismo no da suficiente relevancia a las víctimas, el autor concede que «no se ha cultivado suficientemente de modo expreso la atención a esas víctimas que reclaman reconocimiento y memoria»

Hoy se está haciendo común recelar del pacifismo. El aniversario del asesinato de Gandhi -un gran pacifista- un 30 de enero es una buena ocasión para confrontarse con tal recelo. Una advertencia de entrada: el pacifismo debe ser identificado con lo que ha sido y es el movimiento por la paz en su complejidad, dentro de los 'nuevos movimientos sociales'. Así situado, resultan manifiestos en él, a la hora de definirlo, rasgos como los siguientes.

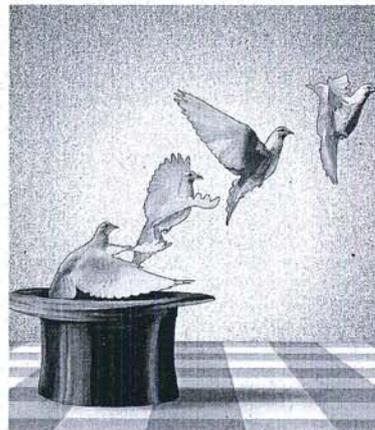
En primer lugar, el pacifismo no supone ignorancia de los conflictos violentos ni cesión ante ellos. Al revés, implica expresamente su afrontamiento, en vistas a que se resuelvan o transformen en modos tales que traigan una paz que suponga la máxima humanización posible de todos los implicados en el conflicto. En segundo lugar, lo que el pacifismo aporta de específico frente a otros modelos de gestión de conflictos es la búsqueda de coherencia plena entre medios y fines, la apuesta por utilizar medios para la paz que sean también pacíficos. En tercer lugar, no apunta a la mera paz negativa, la propia de situaciones en las que no se da la violencia física directa. Recela incluso de ella, en la medida en que con frecuencia supone violencias latentes, que deben ser desveladas y afrontadas. Y en cualquier caso, se plantea una concepción positiva de

ma parte de nuestra condición; su horizonte es, más bien, el de una sociedad en la que estamos en constante proceso de aprender a desactivar las derivas violentas de los conflictos y a gestionarlos de modos tales que sean ocasión de creatividad.

Hay otras acusaciones que merecen más atención. En la primera, clásica, se señala que el pacifismo puede estar muy bien intencionado, pero, en realidad, por sus recelos ante el uso contundente de la coacción legítima pública, tanto a causa de su purismo en los medios pacíficos como de su deseo de integrar al violento en los procesos de humanización, acaba dejando espacios para que la violencia se siga ejerciendo. El pacifismo, ciertamente, tiene que asumir el reto de su eficacia para que las victimaciones se reduzcan lo más posible. En concreto, tiene que afinar más para distinguir aquellas coacciones que no deben ser calificadas como violencias en sentido estricto

-las que propiamente no destruyen- de aquellas otras que entran ya en el terreno de la violencia. De todos modos, quienes hacen esta crítica de ineffectividad no deben ignorar los relevantes progresos que se han hecho en el pacifismo no violento, inventando y practicando modos de acción que se muestren eficaces en la contención de la victimación.

La segunda de las acusaciones tiende a subrayar que el pacifismo no da suficiente relevancia ni reconocimiento a las víctimas. Para empezar, habría que matizar la acusación. Las víctimas



:: JESÚS FERRERO

paz: la que supone la máxima reducción posible de la violencia física directa, de violencia estructural -la que está encarnada en estructuras económicas en especial, pero no sólo- y de la violencia cultural -la que anida en los esquemas culturales de justificación de la violencia-. Creo que estos tres rasgos pueden asignarse claramente a ese pacifismo que ha ido sintetizando su versión como confrontación con los procesos belicistas en acto y en potencia con su versión como resistencia no violenta a las diversas formas de opresión humana.

Desde estos supuestos pasan a ser infundadas algunas acusaciones que se le hacen. En primer lugar, no arrinconan la libertad en nombre de la paz, puesto que toda 'paz' que implica sometimiento a cualquier forma de opresión es estado de violencia. En segundo lugar, tampoco apuesta por una paz que ignore las desigualdades sociales, que soslaye la justicia, puesto que, en ese caso, lo que domina es la violencia estructural. Por último, no sueña con una idílica armonía que haya hecho desaparecer el conflicto entre los humanos, dado que considera que la conflictividad for-

están muy presentes en él desde la perspectiva del futuro: lo que persigue decisivamente es que no vuelva a haber víctimas. Además de ello, en bastantes de las iniciativas pacifistas, están también muy presentes en el presente -valga la redundancia-, en la medida en que son las propias víctimas de determinadas opresiones las que luchan organizadamente contra éstas a través de estrategias no violentas.

Pero es cierto que en el movimiento pacifista no se ha cultivado suficientemente de modo expreso la atención al pasado de la victimación, a esas víctimas que reclaman reconocimiento y memoria. La propia insistencia en evitar la violencia ha podido focalizar la atención en el futuro y en los violentos, por supuesto, para que dejen de serlo. En la medida en que esto haya sido así, deberá ser corregido: el futuro de paz tiene que integrar el pasado y, para ello la presencia y protagonismo de esas víctimas son decisivos. No nos jugamos aquí únicamente plenificar lo que puede ser el pacifismo, nos jugamos también el que éste sea plenamente acogedor de los derechos de las víctimas.